

fica que se dedique toda una parte dentro de la unidad del trabajo a la Filosofía de la Naturaleza.

*Juan Rivano.*

*H. W. B. Joseph.* LECTURES ON THE PHILOSOPHY OF LEIBNIZ. Oxford at the Clarendon Press, 1949, 190 páginas.

Contiene este libro las lecciones que sobre temas principalísimos de la filosofía de Leibniz dictó el profesor Joseph en la Universidad de Oxford. El curso fue hecho en repetidas oportunidades durante el intervalo 1901-1931. Las correcciones y ampliaciones que Joseph fue corrigiendo durante un período tan extenso, tuvieron como resultado una exposición profunda y minuciosa de la variada y siempre fundamental temática a que dedicara el célebre filósofo su noble talento. Si consideramos, por otra parte, la maestría que Joseph ha desplegado por todas partes, así en el análisis como en la exposición de tantas doctrinas clásicas, podrá el lector tener una anticipación acerca del valor de esta obra, que ha sido impresa —quitando las obvias alteraciones de orden— sin modificaciones a partir de los apuntes que dejó su autor.

El editor, J. L. Austin, dividió el texto en cinco capítulos. El primero de ellos contiene información sobre la vida y los escritos del filósofo alemán; en el segundo se examina su filosofía, especialmente su filosofía de la naturaleza, en conexión polémica con la ciencia de su tiempo; el tercer capítulo está dedicado a la doctrina de las mónadas como unidades sustanciales, destacando aquí un examen de la célebre contraposición en-

tre las verdades contingentes y las verdades necesarias; el cuarto capítulo contiene una exposición de las concepciones de Leibniz acerca del mundo físico como fenómeno a partir de las mónadas. Lo temas que se examinan aquí son: Susancia y Cuerpo, Espacio y Continuidad, Realidad y Acción de los Cuerpos. Finalmente, el quinto capítulo, intitulado Libertad y Mal, tiene como asunto "el tema de la libertad humana y la consistencia del mal con la bondad y la omnipotencia de Dios".

He de referirme aquí solamente a dos capítulos de este libro, con el propósito de poder comprender dentro de los límites de que dispongo una información más ajustada sobre la excelencia de su contenido.

En el capítulo segundo, intitulado "Crítica de la Ciencia Contemporánea", comienza Joseph exponiendo las razones que llevaron a Leibniz a separarse de los partidarios de Gassendi, quienes defendían la teoría de los átomos y el vacío, como asimismo de los cartesianos, para quienes la esencia de la materia consistía en la extensión. Los argumentos en contra de los atomistas son esencialmente cuatro y parten de las implicaciones propias de la extensión, la continuidad y la indiscernibilidad de los átomos; y también de la consideración de la rigidez de las partículas y la uniformidad de la naturaleza. La crítica de la concepción cartesiana se distribuye en cuatro objeciones, tres de las cuales consisten en una crítica directa por medio de un desarrollo aporético (la extensión se pone *algo* extenso, el espacio cartesiano no puede ser una sustancia ni un agregado de sustancias, la teoría carte-

siana de la extensión no puede explicar la variedad de los fenómenos). La cuarta objeción viene a consistir en levantar contra Descartes uno de los más tremendos enemigos que el mismo filósofo pudiera concebir: un dogma de la iglesia. Porque si es la extensión la esencia de los cuerpos, entonces un cuerpo no puede estar en dos lugares a la vez, por lo cual el dogma de la Eucaristía no es ya un dogma, toda vez que de esta manera se probaría su falsedad. Con tales razones, señala Joseph, Leibniz abandona su prematura defensa del atomismo como asimismo una explicación de inspiración cartesiana y vuelve su atención sobre la idea aristotélica de forma sustancial.

El propósito principal del segundo capítulo no es, como pudiera pensarse luego de una simple lectura, la refutación de la concepción cartesiana de la materia y de su idea sobre la cantidad de movimiento, sino la preparación de la monadología a través de aquella crítica y de la defensa paralela de la noción de fuerza viva, como resultado genuino de una reflexión inspirada en el propio Descartes. Es así que inicia Joseph una exposición depurada y esencial de la doctrina cartesiana de la cantidad de movimiento, asimilada por el filósofo francés a la noción de fuerza. Leibniz se ocupa de mostrar que tal asimilación no es posible y que la noción misma de cantidad de movimiento no se puede conciliar con la doctrina cartesiana del cuerpo como extensión. En conexión con este punto, Joseph expone todo un conjunto riquísimo de consideraciones leibnizianas sobre las nociones de movimiento, reposo, masa y fuer-

za; y agrega por su cuenta valiosas observaciones sobre tales cuestiones, en conexión con la ciencia contemporánea. Es así que destacan su interpretación de la idea de ecuación matemática o relación de dimensiones según es "concebida" y utilizada por los físicos; su examen de las diferencias que existen entre la definición como concepción y la mera descripción matemática que no ofrece al intelecto sentido genuino alguno; su penetración en el terreno métrico de la geometría, donde muestra las esenciales diferencias que existen entre las básicas nociones de línea, superficie y volumen; y, para detenernos aquí, el tema de la medida en que debe considerarse a Leibniz como un anticipador de las ideas relativistas modernas.

El capítulo termina con un recuerdo de lo que importaba:

'...él (Leibniz) pensaba que considerando la fuerza más bien que la extensión como la esencia de los cuerpos resolvía una dificultad de índole metafísica, insuperable a partir de la concepción cartesiana; dificultad que no debía inquietar a los físicos; porque ellos pueden manipular sus ecuaciones y conectar mediante ellas las apariencias (los fenómenos) sin responderla, sin siquiera plantearla; pero que nos compromete en reflexiones que nada tienen especialmente que ver con la física o las matemáticas, sino que pertenecen al esfuerzo (que debemos hacer) para entender claramente lo que las cosas son... (Tales especulaciones) le condujeron a negar la realidad de lo extenso; a investigar la esencia de la sustancia en lo que es intensivo; a tratar lo extenso como un fenómeno a partir de aquello cuya naturaleza es activa... Ahora bien, según me parece, la

dinámica debe tratar el espacio y el tiempo, o al menos el espacio-tiempo como reales; y Leibniz nunca explicó cómo puede ello ser fenómeno a partir de algo distinto. Y esto nos lleva a su doctrina de las mónadas'.

Las cuestiones anunciadas en las últimas líneas de esta cita ocupan los dos capítulos siguientes; sobre ellos no insistiremos aquí, y consideraremos tan sólo el último. Como ya dijimos trata Joseph en él, el problema del hombre como sujeto de la libertad y del mal como condición necesaria del plan divino. Conocidas son las soluciones que ofrece Leibniz a tales cuestiones; y a este respecto parece legítimo afirmar que Joseph no ha adentrado más allá de lo que está dicho en los buenos textos de historia de la filosofía. El capítulo empieza con las objeciones escépticas de Bayle a la Escuela, en el sentido de la imposibilidad de conciliar Fe y Razón, libertad humana y dependencia de toda criatura, bondad divina y mal. La respuesta de Leibniz parte de la consideración del valor lógico de tales 'implicaciones', porque las acciones de Dios no se juzgan a partir de probabilidades. 'Mucho hay de verdadero que es improbable', y las objeciones de Bayle no parten de otro fundamento que la improbabilidad. Y Leibniz pasa a proponer, como era exigible, el método adecuado para tal género de cuestiones: '...debemos más bien reconocer que no conocemos todos los hechos, y argüir a posteriori que, siendo que El permite el mal, debe éste ser reconciliable con su perfecta bondad y justicia'. Este es el argumento principal, al que se agrega la imposibilidad de establecer jerarquía alguna entre razón

y fe a partir de los hechos a que Bayle alude. Luego de este primer momento expone Joseph las aseveraciones fundamentales de Leibniz en conexión con esta problemática. El mundo como el mejor entre todos los posibles es lo que tan sólo podía resultar de las limitaciones necesarias de la acción divina, porque no puede ir más allá de realizar esencias eternas e incommutables. En conexión con estas aseveraciones expone Joseph el sentido en que es para Leibniz el universo una totalidad, su eliminación impecable de toda forma de maniqueísmo y el problema de la articulación entre entendimiento y voluntad divinos (esto último implícitamente, por lo menos). El capítulo se prolonga a través de las implicaciones relevantes con relación a los temas principales ya mencionados. Las cuestiones examinadas son: Modos de a voluntad divina, libertad humana indeterminación, virtud y conocimiento, determinismo y voluntad, la antítesis necesario-contingente en el dominio de la acción, espontaneidad y armonía preestablecida, etc., hasta terminar con el problema de la acción contingente de Dios (como fundamento de toda contingencia factual) en conexión con la célebre prueba ontológica de su existencia.

JUAN RIVANO.

*Wil elm Worringer. "PROBLEMÁTICA DEL ARTE CONTEMPORÁNEO".* Editorial Nueva Visión. B. Aires, 1956, 30 pgs.

"Así, el resto es callar. Callar ante ansias insolubles. Pero no callar como un futuro ni como un vencido". De tal modo concluye su breve, pero denso